

VII

II El «Gallo», sí !!

Entretanto, el águila continuaba elevándose lentamente, serenamente, majestuosamente

Tendiendo sus alas enormes al viento,

burlándose de la torpeza de los cazadores que se empeñaban en ocultar su grandeza con unas nubecillas de humo de pólvora mala, é intentaban abatirla con una menguada carga de perdigoncillos gorrioneros.

Valiéndonos del símil favorito con que nos zaherían entonces los bombistas, y que no es necesario asegurar con cuánto gusto se les devuelve, diremos que los enemigos de *Gallito* estaban empeñados en derribar el Palacio Real á merengazos.

¡Riquiños!

Engañado por las mentiras que acerca del *Gallo* circulaban, el público, la gran masa inconsciente é impresionable, á quien, mientras no puede enjuiciar por sí misma, es facilísimo extraviar, tenía de este torero un deplorable concepto completamente erróneo, porque la leyenda que rodea á cuantos viven de la pública exhibición se había complacido en amontonar alrededor de la figura de Rafael cualidades negativas que la hiciesen antipática.

Como torero, *Gallito* era, en el sentir general, un torero medroso, con tal dosis de miedo que, en cuanto asomaba por la puerta de los toriles un animalito con dos centímetros de cuernos, ya estaba *juyendo* y tirándose de cabeza al callejón en el que se pasaba más tiempo que en el ruedo, y como hombre era Rafael una bala perdida que no tomaría el diablo ni en los últimos días de una almoneda. Fresco, borracho, mujeriego, juerguista, derrochador, informal... Una alhajita á quien se le daba lo mismo de los aplausos que de los silbidos...

Así, con intención ó sin ella, se creaba una atmósfera adversa á *Gallito*, que, haciendo odiosa su persona, podía contribuir á su derrota.

Nada le fué perdonado, y, cuando no pu-

dieron acobardarle de otro modo, el antigallismo apeló á increparle en la plaza, gritándole, cuando iba al toro, groseras alusiones á cosas de aquel orden íntimo ante cuyo dintel, hasta los hombres menos prácticos en los usos sociales se detienen discretos, con el respeto de la dignidad agena que tienen cuantos saben estimar la propia.

Hubo, en fin, hasta quien no sabiendo de que manera molestar á Rafael, acostumbró á llamarle "el hijo de la Grabiela", como si la madre del *Gallo*, por ser su hijo quien era, no fuese, por mujer, por honrada y por madre, digna de todos los respetos, y la mala suerte del torero diese derecho á traer á colación á las personas de su familia.

Pero, ¿qué hacía Rafael para merecer este mal trato?

Pues Rafael toreaba como no toreaba nadie.

Como hombre era y es todo lo contrario de lo que pintaban los Orbanejas de los mentideros taurinos.

En materia de bebidas alcohólicas, ni vino, ni licores. Completamente abstemio. Agua á todo pasto y de ahí no hay quién le saque.

Las juergas no se han hecho para él, hombre de gustos sencillos y amigo de la tranquilidad y el silencio. Sus únicos vicios son los

caballos, los gallos de pelea y el tabaco. Su distracción favorita, pasarse las tardes en su huerta del Lavadero, donde un día la pluma colorista de Federico García Sanchis encontró motivo para escribir aquel bellissimo retrato "El Gallo poeta bucólico".

En cuanto á derrochador... Su casa y su bolsa herméticamente cerradas á los explotadores y vividores del torero, están siempre abiertas de par en par para los necesitados que á ellas llaman.

Pasear con Rafael es ir haciendo paradas cada dos minutos para que escuche atento á los pobres que se le acercan y los socorra luego largamente.

Si os acercáis á su casa en Sevilla, desde una legua antes os advierten los pobres, que á ella van esperanzados ó de ella vienen contentos, que aquella es una casa de mucha "cariá".

Como las ermitas de los santos milagrosos el día de la fiesta, la casa de Rafael está siempre cercada de pobres que allí acuden en la seguridad de encontrar alivio á sus necesidades.

De la cancela para fuera hay constantemente un nutrido grupo de gentes astrosas que esperan pacientemente la aparición del *Gallo*. Cuando éste llega, el grupo se estremece, los

ojos de aquella miseria se animan y las manos se tienden suplicantes y confiadas hacia el torero.

—Rafelito, hijo, mira cómo estoy. Una oblea. Desde jase qué sé yo los años que no hemos comío. Yo ya me iba acostumbrando; pero aquellos churumbelillos no se quieren jase á estas malajoserías; san cansao de ayuná y aquella chosa é un Guadarquiví é lágrima.

—Pos mira yo... y há er favó de jechá er aliento pa otro lao, poique si suspiras pa aca me derribas de transío que estoy.

Rafael va dando á todos la mano y, disimuladamente, por que no gusta de hacer ostentación de ello, unas monedas.

—¡Olé er rey der toreo y er pare e los probes que tié que llevá siempre á su lao á Jesús der Gran Poer pa que no le mal jiera ningún toro roio pol tall!

El torero va saludando á todos por sus nombres, y tiene para cada uno una sonrisa amable y unas palabras cariñosas.

—Que, mistelo, señó; yo no sé que m'alegra más cuando m'aserco á su vera, si la limosna que me da ó la saitisfasió con que me jabla... Tó es cariá.

Dentro, en el patio, sentados, en "el banco

de los pobres", hay cuatro ó cinco viejos parlanchines, la aristocracia de la pobretería, que saludan con ademán amistoso á Rafael.

—¿Saben ya que estáis ustedes aquí?—les pregunta el torero.

—Anda con Dios y no te ocupes de eso, que ya nos ha enviado rason pa que esperemos tu madre, Dios la bendiga, y á ti te jaga más felís que un rey de la China.

En la breve escalera tropezaréis con hombres y mujeres de aspecto humilde que ocultan un bulto bajo la americana ó el delantal: una tartera con comida, ó un envoltorio con ropas; que suenan alegres unas "moneas" en los bolsillos, y que saludan al torero con expresión jubilosa y agradecida.

—¡Olé er *Gayo* y er pipirigayo y la porretera mare que lo jechó ar mundo, que valen más oro que cabe en er Arcasar!

Y así todo el día y así siempre, y así se va una buena parte del dinero que gana el torero peleando con los toros y los públicos.

Y con los compañeros es lo mismo. Siempre que el *Gallo* ha podido ha dado corridas á los banderilleros ó picadores en mala situación que se le han acercado. Cierta vez se llevó á las corridas del Pilar nada menos que cinco banderilleros para compensar la falta de uno

de los cuatro suyos que estaba lastimado. Alguno de ellos que tuvo su época de figurar en las grandes cuadrillas, estaba ya *borrao*.

—¿Pero para qué llevas ese hombre?—le dijo un amigo á Rafael.—¿No ves que no puede ya ni con la taleguilla?

—Y qué quieres que jaga? ¿Le ví á dejá que se muera de hambre? Y tampoco voy á pagarle y á no dejarle salir, porque el hombre no pide limosna y sería ofenderle.

La tradición castiza del torero generoso amigo de los pobres, resucita en este hombre sencillo que lleva al cuello una medalla de la Virgen, y cuando está en Sevilla va todas las tardes, sin faltar una, á besar el pie del Cristo del Gran Poder y á aprender de la imagen bendita del Nazareno agobiado, que esculpió la mano prodigiosa del Montañés, el perdón de las injurias, la humildad, la paciencia, la resignación y la esperanza.

Pues este hombre, bueno de veras, que jamás hizo daño á nadie, que no tuvo nunca una palabra de protesta, ni un grito de condenación para los que le perseguían, que supo hacerse superior á todas las injusticias, porque, espíritu fuerte educado en la desgracia, comprendía todos los dolores y todas las desesperaciones, hasta la ceguedad de la impotencia,

ha levantado contra sí las más violentas tempestades de odio.

En otros toreros ha bastado una tarde de éxito, un destello de torería para imponerse. El *Gallo* ha necesitado reñir una empeñada batalla en cada puerta para entrar en su casa.

Yo he hecho notar en algunos de mis artículos como prueba de la parcialidad antigallista con que se hablaba de las cosas de este torero, como se guardaba silencio sobre "espantás" y tomaduras de olivo más llamativas é imperdonables que las de Rafael, porque las daban toreros vigorosos en toda la plenitud de sus facultades, mientras que al *Gallo* se le contaban minuciosa y complacidamente no sólo las que hacía... sino las que "pensaba hacer".

Escrito está y todavía circula por ahí esta donosa fórmula revisteril:

"El *Gallo* INICIA un CONATO de espantá; pero desiste antes de darla".

Y esta otra más graciosa todavía:

"El *Gallo* PIENSA dar una espantá".

¡Catastrófico!

Catastrófico y cloro-boro-sódico.

No sería misericordioso enojarse con los antigallistas por estas y las otras cosas, aunque algunas entran en la categoría de lo prohibido.

Pongámonos en su lugar. ¿Qué iban á hacer ellos que se habían pasado la vida afirmando al *Bomba* y negando al *Gallo*?

¿Iban á confesar su error y á presentarse un día contritos ante el público diciéndole: "Perdóname, que no supe lo que veía, ni lo que me decía?"

Hubiese sido muy duro, y para muchos la ruina, porque sólo teniendo la autoridad, el prestigio y la pluma agilísima de *Don Modesto*, pongo por caso, se puede dar este cambio en la cabeza sin ir á la enfermería con una cornada grave.

Había, pues, que sostenerse á toda costa en las posiciones con tanto trabajo defendidas. Pero, como siempre, les faltó tino. No sé qué mano poderosa, providencial y justiciera les privó del sexto sentido, del inestimable don de hacerse cargo y les dejó que se despeñaran ciegos y desatentados. Ellos viéndose dueños del telégrafo, por donde comunicaban al mundo crédulo el ruido de sus victorias, siempre victorias, y de los ciegos que iban por las plazas de la ciudad cantando sus triunfos, se creyeron los reyes de la tierra y juzgaron fácil imponer á todo el mundo la verdad que fabricaban en sus laboratorios. Pero no contaron con la huésped, y la huésped en este caso eran

los 13.000 espectadores de cada función de toros, que sin cajistas, bobinas ni rotativas, escriben después de cada corrida un periódico de cincuenta y tantos mil lectores, sólo en Madrid, suponiendo que cada espectador no hable más que con cuatro personas de la fiesta que acaba de presenciar.

Y lo que estos 13.000 y pico de revisteros veían no había modo de negarlo y si se negaba, la negativa servía sólo para descubrir la pasión de partido que llevaba á las plumas enemigas á cerrar los ojos á la evidencia para no confesar la verdad.

Y la verdad era que Rafael con su arte maravilloso dignificaba, elevaba el toreo á las altas regiones de la belleza, haciendo de la lucha bárbara y desigual del hombre con el toro algo grande, noble y bello que hacía olvidar y perdonar toda su barbarie.

Cierto es que *Gallito* ponía al lado de faenas portentosas que producían el escalofrío de lo sublime, caídas detonantes que á otro que él lo sumiría para siempre en las negras honduras del fracaso y el olvido; pero precisamente esto era en Rafael como la sombra, el negro que acusaba con más vigor la luz de los cuadros portentosos que dibujaba con la magia de su capote y la taumaturgia de su muleta.

De estas caídas de *Gallito* procuraban, naturalmente, sacar el mayor partido posible sus enemigos; mas el público, que cuando no puede alcanzar completamente la verdad tiene el certero instinto de ella, adivinó en este modo de ser del *Gallo* su excelsa cualidad de artista, que era la desesperación del otro bando.

Porque sólo un artista, y un gran artista, puede como Rafael ser tan pronto "cumbre como abismo" y es capaz de levantar el vuelo desde lo más profundo de la más honda sima para elevarse todo seguido hasta el sol y mirarle cara á cara.

Las grandes derrotas sólo las sufren los grandes capitanes. Waterloó sólo es posible para Napoleón.

Los que no son de esta cuerda tienen que resignarse á ser inferiores hasta en eso. Ni tan altos que asombren, ni tan bajos que el corazón se espante al medir la profundidad de su caída.

La grandeza es cosa de los grandes.

Claro es que, los antigallistas aparentaban desconocer estas cosas y refocilábanse con los descalabros de *Gallito* dándole por muerto á cada uno, á pesar de la costumbre de verle resucitar inmediatamente, y procuraban poner en evidencia sus defectos para demostrar lo inde-

mostrable. Particularmente, tanto como las "espantás", su poca fortuna al herir proporcionaba abundantes municiones, con que continuamente disparaban contra él los que se olvidaban de que era de tenues vidrios el tejado de su casa por el lado de la estocada.

Porque, caballeros, bueno que le echasen al *Gallo* en cara su impotencia á la hora de matar, los machaquistas ó los blusistas cuando todavía Vicente Pastor mataba pronto y bien; pero ¡señores! ¡que lo hiciesen los partidarios del torador que mataba menos que un mosquito!

Y eso que en *Bombita* el pinchar y pinchar sin tasa ni medida (picaduras de avispa lo llamaba la gente) hurtando siempre el cuerpo á la amenaza de los cuernos, con aquel su característico pronunciadísimo cuarteo, era indisculpable prudencia, mientras que el *Gallo* podía alegar en su favor la atenuante de su incapacidad física, de la carencia absoluta de facultades.

Bombita, fuerte, ágil y poderoso de piernas no mataba porque no se atrevía. El *Gallo*, pequeño, corto de brazos, débil de piernas y flebil de cuerpo, no mataba porque no podía y huía muchas veces, "daba la espantá" porque esta falta de facultades le impedía reponerse y

ganar por piernas la cara á los toros cuando se la perdía, como hacía *Bombita* y hacen hoy Vicente y José, y veíase obligado á salir "de naja" como se decía antes, so pena de quedarse esperando tontamente la cornada.

El torero que no tiene recursos para lavar esta mancha á renglón seguido, se ve precisado á esperar al toro y hacer el pelele; mas el que cuenta con bagaje artístico suficiente para trocar en seguida los silbidos en aplausos huye... porque puede.

Por eso huían cuando llegaba el caso *Lagartijo* y *Frascuero*, y en su haber se cuentan muchas "tomaduras de olivo" que eran entonces más frecuentes que ahora, y no constituyeron nota definitiva en su hoja de servicios, porque seguidamente, como hace el *Gallo*, las invalidaban con brillantes acciones, y así *Lagartijo*, sin que temblasen las esferas ni el firmamento se hundiese, podía dar cuenta del fracaso de aquella famosa corrida de Palha, de que todavía están hablando los aficionados, con su célebre frase:

—Con desirle á osté que nos habemos pasao más tiempo en el callejón que en er reondel...

Todos los toreros tienen tardes malas y tardes buenas, y cuando es de razón se alegan

en su disculpa las condiciones de los toros. Con el *Gallo* no se procedía así:

—¡Frescol

—¡Sin vergüenza! — le gritaban viéndole huir.

Y era que no podía.

Cierta tarde después de una corrida desgraciada buscábale un amigo disculpas á su mala suerte, achacándola á defectos del ganado.

—No, no—rectificó tristemente Rafael. El toro era bravo. He sido yo el que no he podido con él. No estoy en condiciones para pelear y tuve que darme por vencido. Con un toro manso me hubiera importado menos; pero ¡con un toro bravo!... ¿No es un dolor?

Muchas, muchas veces los médicos le aconsejaron reposo, que se alejara unos meses de los toros, y se recluyese en el campo para atender al cuidado de su precaria salud. Él no quiso, y muchas tardes le vimos salir al ruedo dolorido y calenturiento.

Su voluntad, esa voluntad de que los que no le conocen le suponen falto, era más fuerte que el mal que le dominaba, y puesta al servicio del amor propio, que también le niegan los que no saben nada de este hombre singular, pudo conducirle á la victoria, tanto más gloriosa cuanto más imposible parecía.

¡Las veces que nos han aconsejado algunos amigos, que ahoran figuran por cierto entre los más decididos gallistas, que abandonásemos el partido del *Gallo*!...

—No defienda usted á ese torero, que no puede darle más que disgustos —nos decían.

—¿Pero no es un gran torero, el mejor toreoro?—les contestábamos.

—Cuando está bien, indudablemente no hay torero que compita con él. ¡Pero está bien tan pocas veces!...

—¿Es que los demás toreros lo están siempre?

—No; pero cuando el *Gallo* está mal, está peor que todos.

—Ya ve usted, ni en eso pueden igualarle. Además, la tarde que está peor el *Gallo*, hace siempre algo que es lo mejor de la corrida.

—Pues con todo y con eso el *Gallo* “pa con arroz.”

—Y “pa” mí y “pa” usted y para todos en cuanto quieran ustedes enterarse.

Y se enteraron; poco á poco; pero se enteraron. Empezaron burlándose del *Gallo* y concluyeron desesperándose con el *Gallo*.

Torease quien torease, los aficionados salían de la plaza hablando únicamente del *Gallo*. Y continúan hablando de lo mismo.

Gallos, Gallos y Gallos.

Estaba mal Rafael:

—¿Pero han visto ustedes ese ladrón de Gallo?

Estaba bien:

—¡Qué torero más grande es este Gallo!

Toreaban otros toreros:

—¡Si coge estos toros el Gallo!...

Y conque "el Gallo es muy malo" los unos, ya supondrán ustedes quién, y "el Gallo es el torero más grande que se ha vestido de luces," los otros, ni se hablaba de otra cosa, ni en el toreo había más que el Gallo, el Gallo y el Gallo.

Cierta tarde en la plaza de Madrid un toro cogió á un torero al entrar á matar, superiormente por cierto, y el público pidió para el matador, en premio á la estocada, á la faena que le había precedido y á la herida que le siguió la concesión de la oreja, que fué otorgada cuando los asistencias se llevaban al herido camino de la enfermería.

Al salir de la plaza, unos aficionados, á quienes yo sólo conocía de vista, emparejaron conmigo, y con aquella confianza que tan fácilmente establece entre nosotros pecadores la comunidad de gusto, entablamos conversación, y me fueron dando una matraca inacabable con el Gallo.

—Que si el Gallo es así.

—Que huye.

—Que no mata.

—Que podía haber estado mejor con tal toro, y tal día, y tal mes, y tal año...

Así sin parar desde la plaza hasta la puerta de Alcalá, donde yo, que los había ido oyendo pacientemente, y oponiendo á su antigallismo rabioso, mi gallismo convencido, me planté y les dije:

—Caballeros, vamos á cuentas: un torero ha estado superiorísimo esta tarde, en el sentir de los que han pedido para él el premio más codiciado en esta plaza. En su estilo, ha toreado muy bien un toro y lo ha matado mejor; se ha llevado una cornada, se ha llevado una oreja... y desde la plaza á aquí, ustedes, antigallistas, ni por casualidad se han acordado una vez del santo de su nombre, y todo el caminito han venido manteando al Gallo sin dar paz á la lengua... ¿Me quieren ustedes decir qué tiene el Gallo que los aficionados sólo saben hablar de él?

—Pues mire usted—me dijo parándose en firme el que con más ahinco le había venido combatiendo—que cuando está bien le vuelve á uno loco de gusto, y cuando está mal... también le vuelve á uno loco de rabia. Porque,

para que lo sepa usted, ese es el mejor torero que ha parido madre ¡eal... ¡Pero el *indino* nos da á lo mejor unas tardecitas!...

—Cristiano, y si estuviera siempre superior, ¿de qué iban á comer los demás toreros?

Mi interlocutor había definido bien al gran torero.

Rabia ó entusiasmo.

Cumbre ó abismo.

El único.

¡¡¡El Gallo!!!

VIII

El Capitollo, La Roca Tarpeya y El Trono de Júpiter.

Al fin un día, pasados unos años duros y difíciles, en que fueron inútiles cuantas tentativas hicieron los bombistas para vencer la resistencia de Mosquera y dar al amor propio de *Bombita* la satisfacción de presentarse, siquiera una vez, en el ruedo de la plaza madrileña en una de las mil corridas benéficas que proyectaron sus incansables é inquietos amigos para imponerle á la terquedad del empresario, le fué levantada á *Bombita* la sentencia de destierro, y el torero pudo volver á pisar el ruedo de la plaza llave.

Pero ¡cuántas mudanzas había traído el tiempo!